

De Astorga y el amor

Por Antonio PEREIRA

Otras veces tengo escrito que me siento más súbdito del obispo de Astorga que del gobernador civil de León. Si intento explicarlo por los caminos del esteticismo puede valer. Pero se entiende mejor por mi propia aunque insignificante biografía. Cuando yo no había visto ni de lejos una autoridad por encima de don Augusto el alcalde y del sargento de la Guardia Civil, a Villafranca venía don Antonio Senso Lázaro, con la pompa y majestad que corresponde a un prelado, y de entre los pequeños cantores del coro de los Paúles le gustaba a Su Ilustrísima detenerse conmigo, yo creo que me había echado el ojo para el Seminario. No sé si por este ojeo episcopal o por caminos paralelos, un día hacia los once o doce años de mi edad vinieron a ver si quería hacerme operario diocesano. Vino don Ceferino, un cura larguísimo que se movía receloso por nuestra ferretería familiar, esquivando los cucharones de hierro y las herramientas que colgaban del techo. Me habló de Mosén Sol, empezó a enviarme revistas y hasta hizo publicar mis primeros versos de comulgante en *El sembrador*. Las vecinas monjas de la Concepción, donde había hermanas de don Ceferino, que eran de San Pedro de Trones, rezaban las letanías de los santos para que germinase la semilla de la vocación en el pequeño rapaz que correteaba pared por medio.

La semilla era buena, pero el tiesto resultó del barro más pecador. Con el paso de unos años -o quizá fueron sólo unos meses-, la vida empezó a tomar a extramuros de los frailes y del colegio de don Manolo y de los seminarios entrevistos un ritmo inquietante, una cadencia y una ondulación que coincidían con el andar de las mozas de Corullón cargadas de frutas, de las de Pereje (algo menos abiertas), y todavía quedaban las niñas de la plaza, algo más señoritas y melindrosas pero tan ricas...

Y de Astorga, una vez más, iba a llegar la señal, el mensaje, el destello ejemplar de la capitalidad de Astorga -lo diré de una vez- me trajo el primer gesto donde se entrelazan el amor galante, al aire latino de un doce stil novo, con la inevitable (¿y por qué habría de evitarse?) fascinación de la mujer.

En los comienzos de 1936, un poco antes de que la pirotecnia de las fiestas se convirtiese en explosiones con metralla homicida. Villafranca lanzaba «bombas de gran palenque» porque llegaban los astorganos. No era la primera vez. El intercambio

de músicas y embajadas, de flores y discursos, era un puente continuo que se tendía por encima del Manzanal y de Foncebadón. Yo era un adolescente precoz, que ya manejaba la colección de tópicos que pueden servir para una correspondencia de periódico. Salimos a Ponferrada para vivir «el prólogo de la efemérides». Ya en el autocar donde viajaba la rondalla con sus insignias, con sus instrumentos impacientes y su atmósfera alegre y joven, yo me arreglé para encontrar una de las plazas últimas. Allá atrás, separados y algo menos locuaces que sus compañeros, un chico y una chica se miraban. Me parece recordar que el hombre tocaba el violín, pero acaso al correr de los años yo lo haya preferido así por romanticismo, porque el violín delicado me conviniese más que la bandurria... La chica sería una postulante, de las bellas que acompañaban a la bandera. Bueno. Estábamos cruzando por Cacabelos, pasábamos con cuidado el puente sobre el río Cúa. En esto apareció el santuario de la Quinta Angustia, y se produjo el rito que todavía me acompaña como el más trémulo y turbador que yo haya presenciado en mí vida. El violinista astorgano alargó su mano y tomó la de la muchacha. Y guiándola, conduciéndola con una dulzura infinita, llevó los dedos femeninos a la frente a medias cubierta por el misterio de una melena muy negra, luego al lado izquierdo palpitante bajo la seda, luego al lado derecho, luego a la boca roja y frutal para que ella misma cerrase con su beso una señal de la cruz como yo no había aprendido en ningún catecismo. Pensé que ahora el hombre iba a besar, él también, aquellos dedos bendecidos que venían de los labios entreabiertos y sin duda traerían una dulzura muy íntima. Los besó.

Sí, hora sé que hay ceremonias del amor más encendidas y ciudades muy tentadoras, Río de Janeiro sin ir más lejos es como más atrevida y sensual que Astorga. Pero a mí esto no me ha importado gran cosa, convencido como estoy de que todo lo excesivo es insignificante.